

## **PREGÓN EXCONXURAOS FRANCISCO CABRIFFOSE 2004**

Señor Alcalde, señores concejales, pueblo de Llanera:

El espíritu de esta fiesta joven es rememorar un suceso que se perpetuó en la historia de Asturias como un hito en las luchas contra el régimen señorial y las consecuencias que éstas arrearon a los vasallos insurgentes.

Recordar aquel episodio es reencontrarnos con nuestros orígenes e identificar el rasgo de un carácter colectivo que de un modo u otro se ha mantenido inalterado a lo largo de los siglos.

Afirmaba un escritor que lo más vital es el olvido, pero no es mayor verdad que en la vida sólo existe la lucha por recobrar lo que se ha perdido, y hoy celebramos el coraje de los vecinos de Llanera que se sublevaron para defender su dignidad frente a los abusos del poder.

Y no es que desde entonces hayamos mantenido un estado de rebelión permanente, pero algo queda de esa razón pelada y conquistada en este territorio ampliamente poblado en el Paleolítico, civilizado por Roma, escenario de querellas dinásticas en el Medievo, con el Picu de las Torres de San Cucao como testimonio perenne, plácido asentamiento de algún musulmán converso -como desvela el topónimo de la ería que tenemos a nuestros pies: Serracamán (tierras de Alquemani)-, camino a Compostela para romeros europeos que dieron aquí su cuerpo a la tierra, idílico concejo de campesinos plagado de vestigios históricos, tal como lo retrató en los albores del siglo XIX Bernardo Alonso Ablanedo, el entonces ilustrado cura párroco de San Cucao, poco antes de que los franceses napoleónicos hiciesen también aquí de las suyas y los ingenieros y geólogos extranjeros descubriesen los yacimientos minerales de nuestro subsuelo, nuestra primera riqueza contemporánea, al tiempo que las guerras carlistas traían, una vez más, ruina, dolor y lágrimas.

Para entonces, una larga historia había demostrado el crucial emplazamiento de Llanera y su potencial futuro, y la llegada del ferrocarril, que en 1890 cierra nuestra comunicación con las ciudades al inaugurarse la línea a Avilés, daría empuje definitivo a una industrialización que, en su formulación original, pervivió hasta hace pocas décadas. Hoy se ha multiplicado con otras formas, con otros modos, más en consonancia con esa globalización que trae un radical cambio de paisaje urbano y humano.

Hace días intentaba recordar cómo era ese paisaje que conocí en mi infancia, y cómo se había fraguado mi aprendizaje de amor resuelto por mi concejo natal.

Me veía en el mirador de la casa de mis abuelos, en Coruño, contemplando el horizonte de Lugo durante la noche de San Juan, y cómo iban surgiendo aquellos puntos de luz vibrante de los fogueres, al tiempo que me venían a la memoria las excursiones con Ramona Campana, cuando, tras pasando Robledo, señalaba otro horizonte y me decía: “allí esta Gijón”, las campañas arqueológicas de simples aficionados que efectuábamos mis hermanos y yo en los alrededores del antiguo cementerio parroquial tras cruzar el campo de aviación, el bosque y el barrio de la fábrica, los trayectos en la rubia y Autos Llanera, las riberas del Nora en Cayés, las visitas a Pruvia, la ruta a Santa Bárbara, las paradas en Casa Angelin o aquella cena en la que acompañé a mi padre para celebrar el arreglo de un camino, allí en Robledo.

Con mi padre, de su mano, a bordo de aquellos coches imbatibles que parecían especialmente diseñados para andar por les caleyes, no solo conocí palmo a palmo todo el concejo, sino que descubrí una manera de entender lo que era el compromiso con quienes habitaban esta tierra y hacían este paisaje, con sus iguales.

La enseñanza fundamental que nos transmitió nuestro padre fue el ejercicio de la identidad como entrega, de poner al servicio de sus paisanos sus conocimientos y trabajo. No en vano, reivindicaría en el extranjero su doctorado por la Universidad de Cayés como una metáfora de lo que debía en su aprendizaje al ejercicio de la identidad como entrega, de poner al servicio de sus paisanos sus conocimientos y trabajo. No en vano, reivindicaría en el extranjero su doctorado por la Universidad de Cayés como una metáfora de lo que debía en su aprendizaje al ejercicio de la medicina en su concejo natal.

Pero cuando hoy contemplo aquello mismo paisaje entonces poblado por tantas figuras familiares ya desaparecidas percibo como tantos otros un cambio radical. No deja de ser cierto que el progreso pasa su factura, y que lo que creíamos inalterable se ha transformado muchas veces en un sentido que no siempre deseamos, pero el resultado final no deja de ser satisfactorio.

En ese cambio se refleja una nueva energía, un dinamismo que es también rebeldía frente a la inacción, el estancamiento y las trabas al progreso a los que tantas veces parecemos desgraciadamente abocados todos los asturianos. Y este movimiento está protagonizado, como en otros períodos anteriores, tanto por los que de aquí somos naturales como por los que provienen de otros puntos, por esos emigrantes que aportan savia nueva.

Como tierra de encrucijada, vinculada por su cercanía a las tres ciudades de la región, Llanera siempre supo ser abierta, y de una forma u otra, todos somos emigrantes, descendientes de los que aquí se asentaron o con ascendientes que buscaron en otro continente mejores medios de vida.

Y una fiesta como ésta no puede olvidarse de esta otra raza de rebeldes, de los que impulsados por la necesidad o la falta de perspectivas fueron capaces de sacrificar hogar, familia, pueblo, prácticamente todo, con tal de aventurar un futuro mejor.

Con ellos estamos en deuda, porque desde Cuba o Méjico, desde Chile, la tierra de la que mi madre vino para convertirse en una llanerense más, o la Argentina, nunca se olvidaron de su tierra natal.

Ellos fueron los principales protagonistas de episodios fundamentales de nuestro desarrollo en la década de los años 10 y 20 del pasado siglo, cuando Posada se electrificó, contó con traída de aguas y se comunicó telefónicamente, cuando se soñó el tranvía que quedó para siempre atascado en Lugones y aterrizaron en La Morgal los primeros artilugios de vuelo, y gracias a su generosa aportación, surgían por todo el concejo escuelas, lavaderos, fuentes y caminos.

Cuando los de Cuba, autotitulados “llaneros”, encabezados por Joaquín Ablanado como patriarca de la comunidad y Francisco García Suárez como su apóstol, idearon, como “deuda de amor a nuestros hermanos de allá”, una Escuela de Comercio, un centro de saber a la europea.

Pancho García expresaba de este modo a los vecinos de Llanera el por qué de esa generosidad:

“Tomad, éste es el regalo de los llaneros laboriosos de Cuba, ésta su deuda de amor con su pueblo. Tomadla, para que vuestros hijos, si emigran, salgan del terruño mejor que nosotros, en posesión de conocimientos que les consientan luchar en las arduas batallas del trabajo, con más éxito y menos fatigosamente que nosotros”.

A la postre, la Escuela no se levantó, pero sí la Plaza Cubierta, un símbolo que dice más que su arquitectura, que su placa recordatoria de la inauguración, de lo que fue la epopeya individual y colectiva de los emigrantes de Llanera y de la generosidad con su concejo.

Con estas palabras, he querido reflejar cómo la rebeldía es consustancial a todos los pueblos que

quieren y saben progresar, invocando la historia como maestra para que en su sabiduría nos guíe en esta nueva centuria que se inicia esperanzada, cargada de buenos presagios.

Y venga la fiesta, que, como dijo el poeta no hay sesudas reflexiones que no se alimenten de música y baile, sidra y empanada, si quieren ser de este mundo y alertar conciencias.

Vayan, pues, los Exconxuraos a presumir de sus penas y rebeldías, y revivan los hechos que mostraron a Asturias la existencia de un pueblo y un concejo que supo hacer frente a la injusticia y avanzar en la senda de la libertad, entonces y siempre